

Cristianismo, vencedores y vencidos  
P. Fernando Pascual  
19-12-2010

El cristianismo nació con un empuje extraordinario. Un grupo de hombres y de mujeres sencillos, gente del pueblo, escuchó y vio actuar a Jesucristo. Se dejó empapar por su mensaje y por su amor. Sintió la fuerza del perdón que rescata y que saca del pecado. Acogió la llamada a la santidad. Recibió el Espíritu Santo.

Esos hombres y esas mujeres empezaron a testimoniar, con sus palabras y con sus vidas, que Dios es Padre, que Cristo es Salvador, que el Espíritu Santo purifica y transforma. El cristianismo empezó a difundirse, en medio de luchas, de persecuciones, de traiciones, de ataques de dentro y de fuera.

La lucha fue y sigue siendo algo propio de la experiencia de los creyentes en Cristo. La derrota llega cuando el pecado, el miedo, la tendencia a vivir según la mentalidad del mundo, penetran en los corazones y dañan la confianza. Entonces triunfa el maligno, mientras Dios, en silencio, sufre al ver a sus hijos bajo el dominio del reino de las tinieblas.

Pero incluso tras la derrota sigue en pie la esperanza. Porque el corazón que ha dejado a Dios, que ha preferido las tinieblas, puede volver sobre sus pasos, puede dejarse tocar por la gracia, puede sentir en lo más íntimo de su alma la voz de Cristo que susurra, respetuosamente: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).

Si le abrimos, si le dejamos iluminar nuestro interior, si le permitimos curar las heridas con el sacramento de la misericordia (una buena confesión es lo mismo que el triunfo del perdón sobre el pecado), conseguiremos participar en la dicha de los vencedores. No porque lo merezcamos: nuestras culpas nos acercaron a las puertas del infierno; sino porque Él lo anhela lleno de Amor y de esperanza: un Padre sigue siendo Padre cuando el hijo está enfermo, cuando vive en el absurdo del pecado.

Entonces es posible recibir el vestido de fiesta, vivir como hijos del mismo Padre en su Iglesia, sentirnos hermanos en Cristo bajo la luz de la misericordia. Dejamos de sufrir como vencidos y derrotados para entrar en la dicha inmensa de la única victoria decisiva: la que consiguió Jesús el día de la Pascua.